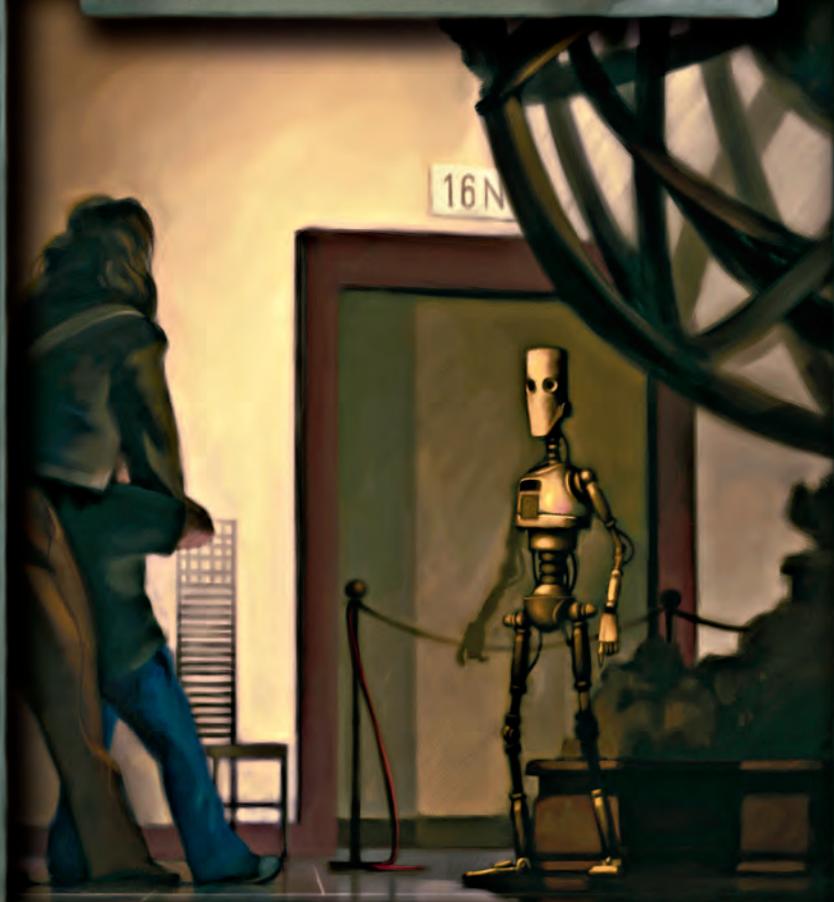


Pierdomenico Baccalario

CYBORIA

EL DESPERTAR DE GALENO



Título original: *CYBORIA. Il Risveglio di Galeno*

www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© Istituto Geografico De Agostini S.p.A., 2009
© De las ilustraciones: Giorgio Baroni, 2009
© De la traducción y de las notas: José Luis Aja, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Primera edición, mayo 2011

ISBN: 978-84-667-9494-7
Depósito legal: M. 15.225/2011
La Zarzuela, 6. Polígono Industrial Cordel de la Carrera
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones
por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,
o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo
de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Pierdomenico Baccalario

CYBORIA

EL DESPERTAR DE GALENO

Traducción y notas de
José Luis Aja

ANAYA

PRESENTE

Queremos cantar el amor al peligro,
el hábito de la energía y la temeridad.

«Manifiesto futurista», *Le Figaro*,
20 de febrero de 1909

20. LA BICICLETA RELÁMPAGO

Cuando el abuelo quería que Otto se sintiera especial siempre le decía que intentara hacer cosas difíciles, porque las fáciles puede hacerlas todo el mundo.

Y aquel día, quizá por ese motivo, sentado en el sillín de una bicicleta que había pertenecido a su abuelo, Otto Folgore Perotti iba a hacer algo realmente *muy* difícil. Tenía que pedalear con todas sus fuerzas hasta el puente y, una vez allí, antes de cruzarlo, encontrar el valor para saltar. Dando un buen salto, esperaba aterrizar cinco metros más abajo, en el camino del canal.

Aquello, más que algo difícil, era cosa de locos. Sin embargo, no tenía otra alternativa para huir de la Banda del Instituto.

No le quedaba mucho tiempo para pensar: solo tres golpes de pedal.

A la una.

A las dos.

Y a las tres.

Ya había llegado al puente. Ahora tenía que decidirse. No estaba seguro de que su abuelo fuera a sentirse orgulloso de él, pero no había tiempo para preguntárselo.

De repente dio un brusco viraje y saltó.

Un segundo antes, la Banda del Instituto perseguía a Otto con sus motos por la carretera que va desde la torre inclinada de Pisa hasta los montes de San Giuliano. Un segundo después, Otto volaba sobre el canal.

Y pedaleaba en el vacío.

Los chicos del instituto, que iban pisándole los talones, se detuvieron sorprendidos.

Alguno gritó:

—¡Está loco!

—¡Cuidado!

—¡Se ha caído al canal!

Y otro:

—¡No, no se ha caído! ¡Lo ha hecho a propósito! ¡Está saltando *por encima!*

Gritaron más cosas que Otto ni siquiera pudo oír.

Volaba sobre al agua inmóvil y fangosa del canal, con la silueta de los Montes Pisanos frente a sus ojos y, mientras pedaleaba en el vacío, miles de pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

Pensó en los chicos de la Banda del Instituto que lo observaban desde el borde de la carretera, sentados en sus estúpidas motos. Pensó en el camino de su casa, que ascendía entre laderas boscosas y pasaba al lado del viejo acueducto y del convento. Y tras la última pedalada, todavía le dio tiempo a pensar que, en realidad, aquello ni siquiera era un convento, pero que en el pueblo siempre lo habían llamado así.

Fin de sus pensamientos.

Aterrizó en medio de un estruendo metálico. La cadena golpeó contra los engranajes dentados del cambio. Los pedales y

las llantas de las ruedas se estremecieron. El bastidor pintado de rojo emitió un gemido de animal herido.

¡Boom!

Otto cayó de golpe sobre el sillín, agarró el manillar y consiguió mantener el equilibrio sin salirse del camino. La mochila con los libros del colegio le golpeó la espalda como un latigazo.

¡Boom!

Lo había conseguido: ¡había saltado por encima del canal, sacando una buena distancia a sus perseguidores! Sin mirar hacia atrás, comprendió que estos habían aflojado la marcha, se habían detenido y hacían maniobras mientras los coches tocaban el claxon: estaban intentando llegar al cruce para coger el camino en el que él había aterrizado, doscientos metros más allá del puente.

Otto se detuvo y se puso a mirar el agua del canal, que transcurría tras una hilera de tilos: era densa, oscura, fangosa. Al otro lado, había algunas casitas de madera. Lejos, con las montañas al fondo, el camino pasaba al lado de una cantera de mármol abandonada. Desde donde él se encontraba podía ver los esqueletos oxidados de la maquinaria en desuso, que parecían jirafas de hierro. Empezó a pedalear a toda velocidad. La cesta que se apoyaba en el guardabarros trasero vibraba como si fuera a soltarse de un momento a otro, pero Otto no tenía tiempo de verificarlo.

Lo único que podía hacer era rezar, esperando que la vieja Bianchi de su abuelo, que era de 1958, hubiera soportado bien aquel último salto, y que el viejo bastidor de hierro, rayado por mil caídas, siguiera sano todavía. La cadena daba vueltas sobre los piñones. Los pedales subían y bajaban, impulsados por la fuerza de sus piernas.

Avanzaba como una flecha junto a la hilera de árboles, sintiendo el azote del viento que soplaba entre los troncos mientras pasaba a toda velocidad. Oyó una moto a lo lejos. Se dio la vuelta, pero no vio a nadie. «¿Por qué no me dejan en paz?», se preguntó.

Otto, en pie sobre la bicicleta, pedaleó con más fuerza todavía. El camino del canal avanzaba en línea recta, con su asfalto irregular y la fila de tilos a la izquierda.

Estaba a punto de llegar a la cantera.

Inclinado sobre el manillar, ignoró los chirridos y los lamentos de su bicicleta. Llegó hasta la verja oxidada que protegía el recinto y al llegar ante un hueco de la alambrada, de forma irregular, frenó en seco, levantando una nube de polvo sobre el último tramo de grava. Era una abertura poco visible, cubierta en su mayor parte por madroños y arbustos de lentisco. Se bajó de la bici y, empujándola de lado, la introdujo por debajo de la alambrada. Luego, se tiró al suelo boca abajo y pasó al otro lado reptando. Se arrastró entre los matorrales de terebinto y se agazapó tras ellos, abrazado a la bici, junto a un pequeño cobertizo de chapa metálica enmohecido como una corteza de queso.

Por fin podía respirar tranquilo. Apoyó la mochila contra la pared de chapa y miró hacia el cielo azul y luminoso, llenando de aire sus pulmones e intentando atrapar la mayor cantidad de oxígeno posible.

Continuó respirando fatigosamente hasta que, poco a poco, empezó a sentirse más tranquilo.

Pasaron tres minutos como mucho, quizá cuatro. El ruido de las motos empezó a hacerse cada vez más fuerte hasta convertirse en un sonido ronco y estridente, en una especie de rugido. Otto rezó para que no lo descubrieran y cerró los ojos.

Las motos llegaron, aceleraron y desaparecieron, como insectos molestos. Otto permaneció con los ojos cerrados durante un buen rato, hasta asegurarse de que estaba totalmente a salvo. Contó los minutos. Ahora, sus perseguidores, que habrían llegado al cruce entre Pappiana y San Giuliano, estarían decidiendo adónde ir.

Sentado en el suelo y con la ropa manchada por el polvo blanco de la cantera abandonada, empezó a entrarle la risa. Al principio fue una risa nerviosa pero después se fue convirtiendo, poco a poco, en una risa franca, de satisfacción.

—Lo he conseguido, abuelo —se dijo con una mueca sarcástica mientras se reconciliaba con todo lo sucedido a lo largo del día.

Cuando estuvo más tranquilo empezó a evaluar los daños. Ya podía ir tirando su camiseta de Sigur Rós, pues había borrado todo el dibujo al arrastrarse por el suelo. Un hierro debía de haberle arrancado un tirante de la mochila, en el que llevaba unas chapas de *Lost* y de los fans de Charles Darwin. Sentía mucho cariño por ellas porque las había encontrado en svuotasoffitte.com, una página especializada en artículos de segunda mano.

La bici había salido peor parada: a causa del vuelo, la dinamo de la rueda anterior había saltado por los aires.

—Así que ya me puedo ir despidiendo del faro —murmuró Otto acariciando la resplandeciente llanta de veintiocho pulgadas.

La cadena bailaba en su recorrido y chirriaba cada vez que daba una vuelta completa, pero aquel problema podía solucionarse con un poco de aceite. En cambio, las zapatas del freno trasero parecían seriamente dañadas: rozaban en la llanta con un agudo silbido y ya no servían para nada. Un auténtico problema,

pues cada vez que Otto buscaba una pieza de recambio para aquella bici se gastaba más de lo que costaba una moderna *mountain-bike* con bastidor de carbono y tecnología punta.

Contó los nuevos arañazos que aquella hazaña había provocado en el bastidor y después, con un suspiro de vencedor, se sentó de nuevo en el sillín.

Saludó a la jirafa metálica que se alzaba amenazadoramente triste por encima de él: era un largo tobogán inclinado, con un mecanismo giratorio que se había detenido hacía años y que durante un tiempo sirvió para llevar lejos de allí las rocas extraídas de la cantera.

Le dio las gracias por su protección y después se dirigió hacia los montes, dejando a su paso un reguero de polvo blanco.

19. VILLA FOLGORE

Había otro hueco en la alambrada que rodeaba la vieja cantera. Otto no debía de ser el único que conocía su existencia, pues había plumas de paloma enganchadas en los alambres. Pasó a través del hueco con la bici y alcanzó la carretera nacional, que se deslizaba entre pronunciadas curvas a los pies de los Montes Pisanos. Luego se desvió a la izquierda, pedaleando con atención hasta el pueblecito de Pappiana.

Cruzó el pueblo, atravesó el primer cruce con precaución y después del semáforo llegó hasta el Paso de la Muela. Una vez allí giró a la izquierda, tomando una carretera estrecha que subía cuesta arriba y se adentraba en el bosque. Su bici no tenía marchas suficientes para aliviar la fatiga, así que tuvo que remontar todas las curvas que lo separaban de su casa poniéndose de pie sobre los pedales. La carretera, entre los árboles, iba siempre cuesta arriba, hasta llegar a una ligera bajada que pasaba junto a los austeros perfiles del convento, un viejo edificio que llevaba deshabitado muchos años.

Al iniciar el leve descenso, abandonó el manillar y continuó con las manos libres, manteniendo el equilibrio sobre el sillín y disfrutando un poco del aire fresco y de los sonidos del bosque.

La carretera pasaba bajo la hilera de arcos de un antiguo acueducto para seguir su escalada entre encinas.

El bullicio procedente del valle, de la carretera nacional y del pueblo fue amortiguándose progresivamente, hasta que desapareció del todo. Ahora solo se oía el canto de los pájaros entre las ramas y la rápida corriente de un riachuelo.

Tras las dos últimas curvas apareció en el bosque una verja de hierro forjado. Estaba compuesta por una serie de espirales y rayos metálicos que se apoyaban sobre columnas, formando un arco sobre la carretera. En el centro del arco había dos aes mayúsculas enlazadas; eran las iniciales de los antepasados de Otto, que habían comprado la casa. Justo debajo, aparecía escrito, en letras de hierro labradas:

VILLA FOLGORE
REMEDIUM FRUSTRA EST
CONTRA FULMEN QUAERERE¹

Otto traspasó la verja y detuvo la bici en una explanada sombría, completamente cubierta por las ramas de los árboles. Había dos coches en el aparcamiento: el Mercedes blanco de sus padres y un monovolumen color violeta oscuro con matrícula de Livorno que Otto no había visto nunca. El riachuelo que se oía en el bosque corría ahora al lado del atrio, pasando tras un pequeño muro de piedra cubierto de musgo. Al otro lado de la explanada partía un pequeño sendero de piedra que serpenteaba entre arbustos de dientes de león, lirios silvestres y tallos de retama.

Era su casa.

¹ «Es inútil luchar contra los rayos».

Villa Folgore se encontraba al final del sendero. Era una construcción imponente: una antigua casa de piedra que un antepasado suyo, Atamante Folgore Perotti, el padre de su abuelo, había comprado a principios de siglo. Se trataba de un austero edificio cuadrado de tres pisos, con la fachada cubierta por la hiedra. Al otro lado de sus verdes contraventanas se contemplaba el valle de Pisa y, a lo lejos, la ciudad y su famosa torre. En los días despejados podían distinguirse, a la derecha, los lejanos destellos del mar.

Otto atravesó rápidamente la pradera que se encontraba frente a su casa y entró por la puerta de la planta baja, que tenía forma de arco. Después de traspasar los gruesos y silenciosos muros de piedra, subió corriendo a su dormitorio, con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta de su llegada.

Reinaba un profundo silencio.

Cerró la puerta a su espalda y, después de sacar los libros, ocultó la mochila y la camiseta estropeada debajo de la cama. ¿Hacía mucho calor en la habitación? ¿O acaso estaba sudando como un pollo?

Fue hasta la ventana y la abrió de par en par. La luz iluminó su mesa de trabajo, atestada de destornilladores, martillos, pinzas, tenazas, engranajes, piezas de bicicleta, mecanismos internos de una vieja lavadora que se había roto el año anterior, dinamos, abrazaderas y cables retorcidos. De un panel de corcho pendían hilos de cobre fijados en ganchos, en los cuales colgaba los avisos con las tareas pendientes.

Asomándose a la ventana, se apoyó sobre el alféizar y respiró a pleno pulmón el aire perfumado del campo, pero no consiguió calmarse: el silencio que reinaba en la planta baja era realmente insólito. Era uno de esos silencios que no se deben interrumpir.

Llamaron a la puerta suavemente. Otto se sobresaltó.

—Un momento —exclamó, poniéndose otra camiseta.

Era su madre.

No dijo nada.

Se quedó mirándolo en silencio, con ojos brillantes.

Solo entonces Otto se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo. Descubrió la figura del doctor, al final del pasillo en penumbra, y vio que estaba conversando con su padre.

El monovolumen con matrícula de Livorno.

—¡No! —exclamó. Su corazón empezó a latir furiosamente—. ¡No puede ser!

Apartó a su madre y corrió a la habitación de su abuelo.



6° 17'

Gjo



CY-41-O-Z

CYBORIA

Geo



Gio

ÍNDICE

PRESENTE

20. La bicicleta relámpago	9
19. Villa Folgore	15
18. El último adiós	19
17. En el octógono de los libros	23
16. La caja prismática	29
15. Cartas del pasado	35
14. La casa del conde	38
13. Las raíces de los números	41
12. Luces nocturnas	47
11. La arqueóloga	51
10. Los libros sepultados	58
9. El engranaje perdido	62
8. Muerto en vida	66
7. Los huéspedes inoportunos	70
6. El movimiento secreto de los planetas	83
5. El despertar de Galeno	90
4. El hombre de negro	101
3. La muerte del claro de luna	105

2. El lenguaje binario	116
1. El «Convoy del Sur»	129

PASADO

-12. La carrera hacia ninguna parte	135
-11. La estación de hierro	148
-10. Errores y correspondencias	154
-9. Los indomables	161
-8. Pasaporte hacia lo imposible	167
-7. Una fuga de manual	171
-6. Una idea brillante	176
-5. <i>Avenue</i> Pablo Picasso	183
-4. Cita en París	190
-3. El traidor	198
-2. La casa errante	207
-1. Domar al gigante	217

FUTURO

1. La conquista de las estrellas	227
2. El comité de acogida	234
3. El local de las personas desaparecidas	245
4. Hacia el norte	253
5. El observatorio	257
6. El guardián	264
7. La ciudad muerta	273
8. Pacientes poco pacientes	282

9. Las Máquinas Mortales	287
10. Destrucción y reconstrucción	296
11. La bicicleta roja	303
12. Palabras en libertad	309
Agradecimientos	313